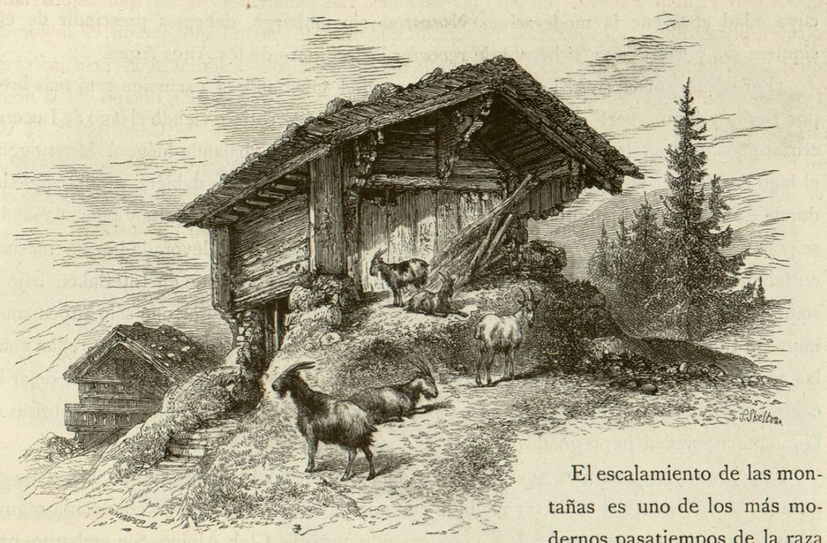
atractivo, y hasta es á veces admirable. Por otra parte, no carece de un interés histórico que no tienen otros pasos de los Alpes, pues así como el San Bernardo y el Brenner, ha sido en época muy remota una gran vía para las naciones. Las pendientes que hay por ambos lados ofrecen pocas dificultades naturales; de modo que durante dos mil años fueron el mejor camino para llegar á la parte superior del valle del Rhin, no sólo desde las aguas principales del Inn, sino tambien desde un importante distrito del norte de Italia. En tiempo de la dominacion romana habia un camino militar que se corria desde el lago de Como hasta el Val Bregaglia, desde donde arranca un sendero que áun conduce á la parte norte de Julier. Aquí se ven áun dos toscas columnas que parecen pertenecer á la época romana; entre ellas ha circulado durante la Edad media toda la corriente del tráfico entre Milan y Constanza.

LOS ALTOS ALPES



Una cabaña en los Alpes

El escalamiento de las montañas es uno de los más modernos pasatiempos de la raza caucásica. En tiempo de Jorge IV, un viaje á Suiza era un acontecimiento en la vida del hombre; y de todos aquellos que contemplaban las altas cimas desde la base de los glaciares, sólo muy pocos aventurábanse á trepar por la montaña, ni ménos pensaban en hollar las nieves eternas de sus elevadas cumbres.

Ahora son muy numerosos los aficionados á este pasatiempo; es una de las principales distracciones de los viajeros más vigorosos; y sin embargo, sólo hace veinticinco años que se habian escalado muy pocos picos de los Alpes. Unicamente dos ó tres veces en cada estacion, algun viajero, más atrevido que sus colegas y acompañado de una cabalgata de guías, salia de Chamounix con toda solemnidad para trepar á la cima del Monte Blanco. Una vez en marcha, si el tiempo lo permitia, y despues de correr innumerables peligros, segun se aseguraba, llegaba por fin á la cumbre; al volver de aquellas regiones de nieve y de hielo, el atrevido viajero era felicitado con entusiasmo en Chaumounix; obsequiábasele con rústicos regocijos y se inscribia su nombre como el de un héroe.

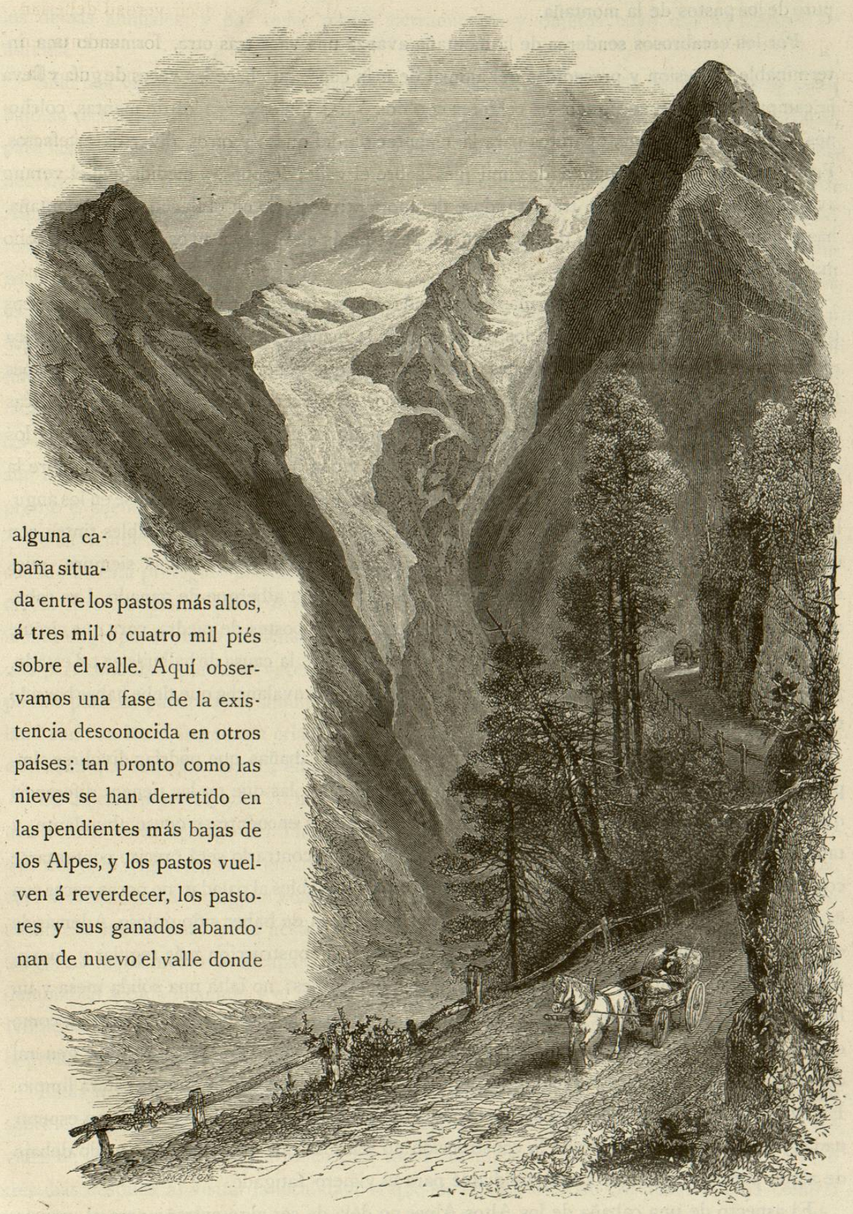
Todo ha cambiado ahora. Hace veinticinco años se formó en Birmingham una sociedad que tenia por objeto propagar la educacion, en una esfera más reducida, pero tambien más elevada que aquella á que despues dió nacimiento, cuando el encuentro casual de algunos amigos, que estaban poseidos ya de la fiebre vertiginosa de trepar, dió lugar á la formacion del Club Alpino inglés, institucion que cuenta ya por lo ménos cuatrocientos individuos y que tiene imitadores en la mitad de los países de Europa.

Muchos hay, sin embargo, que protestan contra semejante diversion, y hasta la ciencia parece declararse contra ese afan de los viajeros trepadores, que á decir verdad deberian abstenerse de tan peligrosas expediciones, sobre todo despues de cumplir los cuarenta, en cuya edad conviene la moderacion. Nosotros, sin embargo, debemos prescindir de ella, siquiera sea por esta vez, si hemos de recorrer las regiones de los Altos Alpes.

¿Por dónde comenzar? Si nos introducimos en el Oberland, la excursion será más breve por Berna y Thun, pero si se quiere hacer un viaje más recreativo, viendo el lago de Lucerna, cruzaremos el Paso de Brunig, sólo para preparar las piernas, bajando luégo á Meyringen y el lago de Brienz. Hemos dicho, *bajando* á Meringen, y más bien debiéramos decir, al sitio donde estuvo Meyringen, pues segun leemos en los diarios, de esta bonita y pequeña ciudad se podria decir ya «*Fuit Ilion,*» porque la mayor parte de ella fué devorada por un incendio en febrero de 1879. De todos modos nos encontraremos seguramente en Interlaken bajo la sombra de los grandes castaños, donde encontraremos muchos ociosos que sólo se ocupan en matar el tiempo paseándose de un lado á otro, ó contemplan las nubes que se agrupan sobre las nevadas pendientes del Jungfrau, cuya brillante pirámide parece invitarnos á dejar las calurosas praderas y llanuras pantanosas para recorrer la region donde las frescas brisas de la montaña parecen impregnadas del aire de los glaciares.

El aparato y ceremonia á que daba lugar una expedicion á los Alpes es ya una cosa del pasado; y en cuanto á lo de ser recibido con pompa á la vuelta, esto no conduciria seguramente sino á excitar el enojo de cualquier individuo del Club Alpino. Sin embargo, para asegurar el éxito, ó por lo ménos la comodidad en una expedicion difícil, se necesita ser muy previsor y no olvidar nada ántes de alejarse del punto donde se puede adquirir. Se ha de tener presente que durante los dos dias que puede durar la excursion por las alturas, cuatro ó cinco hombres hacen un gran consumo de alimento y bebida, y que es muy fácil descuidarse varias cosas, lo cual puede ofrecer serios inconvenientes si se echan de ménos cuando ya se está muy léjos de la poblacion y á algunos miles de piés de altura. En su consecuencia el viajero debe cuidarse de todo por sí mismo, sin confiarlo todo á los guías, pues con frecuencia, las viandas que más gustan á estos son las más desagradables para un estómago delicado. Cierto viajero gastronómo tuvo el disgusto de reconocer esto por su propia experiencia: cuando ya estuvo en el pico más alto del Oberland, vió que los guias sólo habian comprado jamon y salchichas, el primero duro como una suela, y las segundas de un sabor tan desagradable que le descompusieron el estómago durante una semana. Por lo tanto conviene siempre, no sólo determinar las viandas que deben comprarse, sino ver si se han ejecutado puntualmente las órdenes dadas. Al ver á los guías con sus grandes morrales, sus largas cuerdas y sus fuertes hachas para partir el hielo, podríase comprender desde luégo que no van á emprender una sencilla expedicion; pero si un veterano del Club Alpino viese el conjunto pintoresco que esos ofrecen, tal vez dudara de su capacidad para franquear los últimos dos mil piés de la ascension.

Pero no nos detengamos más tiempo á la entrada de los Altos Alpes; trasladémonos mentalmente al punto donde los montañeses pasarán probablemente la noche próxima, á



alguna cabaña situada entre los pastos más altos, á tres mil ó cuatro mil piés sobre el valle. Aquí observamos una fase de la existencia desconocida en otros países: tan pronto como las nieves se han derretido en las pendientes más bajas de los Alpes, y los pastos vuelven á reverdecer, los pastores y sus ganados abandonan de nuevo el valle donde

El paso de Stelvio

estuvieron confinados durante el invierno, para volver á disfrutar de la vida libre y del aire puro de los pastos de la montaña.

Por los escabrosos senderos de la montaña avanza una vaca tras otra, formando una interminable procesion y precedidas del animal de más edad, que hace las veces de guía y lleva la campanilla; despues siguen los pastores con dos ó tres mulos cargados de mantas, colchones, utensilios de cocina, aparatos para la elaboracion del queso y otros diversos artefactos. Primeramente se estacionan á dos mil piés sobre el valle; despues, á medida que el verano avanza, suben un poco más, trasladándose de uno á otro caserío en el flanco de la montaña, hasta que por último se fijan de hecho en los pastos más elevados, á unos siete mil ú ocho mil piés sobre el nivel del mar.

Por toscas que sean estas cabañas y desnudas en su interior, á veces forman pintorescos grupos en el paisaje, al ménos en los puntos donde la madera es el material que se emplea más á menudo en las construcciones. Las cabañas que generalmente vemos en los Alpes franceses é italianos, construidas con piedras sin cortar, á veces sin mortero, son más toscas aún y no tienen tan agradable aspecto, pues no las adorna ninguna especie vegetal. En los Altos Alpes las plantas trepadoras no son conocidas, y con frecuencia sólo el líquen cubre la piedra; miéntras que los toscos troncos de las cabañas de madera, proyectándose en los ángulos ó pendientes del techo, á veces rudamente esculpidos, y de los más agradables tintes, son dignos del pincel de un artista. Muchas cabañas solitarias están deshabitadas siempre, pues se destinan para guardar el heno, y en ciertas ocasiones para albergue de ganado. Las cabañas ruinosas, que nunca faltan, suelen estar sostenidas por postes de piedra, para que circule libremente el aire, y al verlas se puede reconocer fácilmente la causa de hallarse en tal estado, pues entre los restos esparcidos distínguese el rastro de una avalancha que debe haber barrido todo á su paso.

No pocos viajeros han pasado algunas noches en esas cabañas, que podrian dividirse simplemente en dos clases, las que sirven para guardar vacas y las que no las tienen, diferencia que es de gran importancia para el viajero. En las primeras encuéntrase queso abundante, y tambien leche, si se llega ántes de echarla en la olla; de lo contrario será preciso contentarse con requeson y otros compuestos de leche, que si bien agradables al paladar, no pocas veces son causa de que el viajero haya de arrepentirse por la mañana de haber sido goloso. Además de esto, en una cabaña-vaqueria, llamémosla así, se nota una construccion más regular y mayores comodidades: en las ventanas hay algo como cristales; no falta una sólida mesa y un banco, y hasta encuéntranse á veces cucharas y pan blanco, lo cual puede considerarse como el *non plus ultra* del lujo alpino. Tambien puede haber una cama, aunque por regla general convendrá no echarse en ella; mejor es un lecho de heno, pues por lo ménos estará limpio. En las cabañas donde no hay vacas, y sí sólo carneros ó cabras, lo más seguro es no esperar nada, y hasta puede suceder que la construccion no sea más que un cobertizo situado debajo de algun peñasco, albergue nada envidiable para el viajero fatigado.

El aspecto de una cabaña de los Altos Alpes no deja de ser algo extraño para el que no ha visitado nunca estos albergues. Aquí se ve una cabra inválida; más allá cuatro ó cinco que

retozan, agitando contínuamente sus cascabeles; cerca de ellas un perro enorme, guardian de los demás animales; y por todas partes herramientas y objetos cuyo uso no siempre se adivina.

Sólo una vez rehusé la hospitalidad en una de esas cabañas, y al fin hube de refugiarme bajo su techo; hallábase situada en la parte del Delfinado, y sólo tenia el espacio suficiente para las once personas reunidas allí, por supuesto echadas en el suelo. Por razones que no necesito detallar, siempre me inspiró repugnancia el contacto con los habitantes de los Altos Alpes, particularmente en el Delfinado, y lo mismo les sucedia á mis compañeros, por lo cual resolvimos acampar fuera de la cabaña; todos se acomodaron junto á un monton de retama bastante seca, aunque seguramente no desprovista de insectos, y yo improvisé para mí un lecho en otro sitio con un capote y mi manta de viaje. Todo fué bien hasta media noche; á esta hora, una gruesa gota de agua, precursora de la tormenta, cayó sobre mi nariz y despertóme sobresaltado. No se necesita reflexionar mucho para comprender que los efectos de mojarse hasta los huesos durante la noche pueden ser más permanentes y perjudiciales que las visitas transitorias de algunos parásitos, y de consiguiente me refugié dentro de la cabaña; aún habia un sitio desocupado en el suelo; dejéme caer en él, y por fortuna concilié muy pronto el sueño.

Una tempestad en los Alpes es un espectáculo verdaderamente grandioso, pero sólo cuando se está protegido por un sólido techo y no falta un pararayos, cosa de gran importancia en estas alturas, como se podria comprender muy pronto al observar durante una tormenta el grupo de rocas conocido con el nombre de «El Monje Negro». Aquí se ha notado una particularidad que raras veces se repite en las tempestades alpinas, y es que de diversos puntos parecen partir rayos simultáneamente, mezclados con las nubes. Estas rocas del Oberland son con harta frecuencia criaderos de tempestades, si se nos permite esta expresion; y el trueno que retumba de roca en roca produce un estruendo verdaderamente pavoroso.

La única tempestad que yo he observado en estos parajes, yendo con mis compañeros, nos alcanzó cerca del lago del Thun. De repente vimos que el cielo se oscurecia, hasta quedar casi del todo negro, y pocos momentos despues los picos inmediatos brillaron á intervalos, cual si fueran presa de alguna conflagracion. Esto era sumamente curioso y pintoresco; pero cuando la nube avanzó hácia nosotros, hubiéramos preferido estar muy léjos de allí. Sin embargo, no habia medio de escapar; la tempestad parecia perseguirnos; los relámpagos nos iluminaban á cada instante, y el trueno retumbaba con tan horrísono estrépito que nos aturdia. No hubo más recurso que arrojar léjos nuestras hachas de romper el hielo y refugiarnos en la grieta de una roca cercana para preservarnos en lo posible del aguacero.

Estas tempestades no dejan de ser algunas veces temibles: recuerdo una que, pasando sobre Ginebra cierta noche del mes de julio, destrozó muchos faroles de la ciudad, asoló las vides de las inmediaciones y arrancó casi todas las hojas de las copas de los árboles. Dos ó tres dias despues, al visitar la localidad, ví que los tejados estaban tan desbaratados como si hubieran sufrido un bombardeo; y en cuanto á los árboles, todo el follaje de las copas habia desaparecido, ó sólo se veian restos.